

Para una espiritualidad evolutiva

Beatriz Eugenia Becerra Vega, mmb

Madrid, 16 de noviembre de 2016

(Unos días antes del viaje a la India)

Bendigo y honro las TRES ETAPAS DEL DINAMISMO EVOLUTIVO que agrandan, ensanchan, liberan, amplifican nuestra manera de mirar el mundo, la Historia, el Cosmos, la humanidad, a Dios-a misma, a la Innombrable. Gracias a la Ciencia habitada que nos adentra en este recorrido hacia los orígenes del planeta, la prehistoria, la protohistoria, los inicios que conectan nuestro cordón umbilical con milenios de años atrás, que me hacen ser consciente de todo un espectáculo evolutivo, con el asombroso polvo de estrellas que me constituye.

El que la Ciencia nos ofrezca ese espectáculo desde los orígenes, cuando la Madre Tierra era admirada, respetada, abrazada con el mundo material, biológico, espiritual y celebraba desbordante de mitos y de Misterio. Para luego atravesar por la larga etapa mecanicista, necesaria y amenazante a la vez, donde se despreció o redujo el valor de la materia, de la naturaleza y de la espiritualidad, para sobredimensionar la razón, la especulación, lo estrictamente manipulable, el patriarcado, el antropocentrismo. Y en este devenir de la historia, de la fuerza de la gravedad, de los movimientos centrífugos y centrípetos, precisamente asistimos al alumbramiento de una tercera época, que retoma el movimiento de la ola, del círculo, de los campos reverberantes de energía holística, que articulan la onda y la partícula, abriéndonos a lo multidimensional del Misterio, no local, no atrapable, no manipulable.

Ubicación desde esta perspectiva evolutiva que permite una mayor contextualización, no solo en el campo de las religiones, sino de toda la Ciencia, lo cual permite desmontar absolutos, relativizar actitudes aberrantes e, inclusive, desafiar a la dogmática y rescatar lo mucho que nos hemos enriquecido en la complejidad, tanto de cara al presente como al futuro de vida y luego de esta vida: Materia, energía, conciencia, espacios sagrados, ritos, mitos, simbología, en definitiva, imbuidas apasionada y desconcertantemente por el Misterio, ante él, dentro de él, habitadas por él, atraídas por él, danzando con él.

¿Cómo recuperar los fragmentos que todavía anuncian la belleza recreadora de nuestra plenificación? Ante este reiterado cambio de época, saturación de información donde predominan las malas noticias. Cómo narrarnos que no todo es caos, negatividad, abismo, sino precisamente anuncio de vida nueva, de nuevos amaneceres, nuevos nacimientos, nuevas luchas, nuevos horizontes utópicos, desafiantes, que se atraen.

Creo que vale la pena rescatar lo que sí hay y sigue aconteciendo de positividad, de humanismo divinizante, plenificador, de danza estética-mística, sinfónica y desde ahí dentro vislumbrar, atisbar lo que falta ver, escuchar, olfatear, tocar, saborear, hacerse consciente de qué parte nuestra y de la humanidad, del Cosmos todavía no llega, todavía no se incorpora.

Entonces, preparar las condiciones para que se dé esa irrupción, para que no nos falte nada ni nadie de aspectos, de niveles, de espacios, de colectivos, de caravana de seres vivos.

Preparar las condiciones internas y externas, personales y colectivas, materiales, energéticas y místicas, para la gran bienvenida. Disfrutando agradecidamente desde ya el mismo hecho de preparar esa gran danza, sinfonía, banquete, de poder ser artífices, observadoras y sujetas protagonistas, gestoras de ese acontecer, de ese celebrar, sonriente y humilde, holísticamente.

Esto es estar en salida, el ser convocante y convocada para el encuentro, para tomar conciencia de que ya estamos interconectadas, entrelazadas, de que este movimiento no se puede detener, no hay que obstaculizarlo, sino aligerarlo y empujarlo, conscientes de su complejidad y su simplicidad, de su elasticidad imparable y su luminosidad sorprendente, de su acontecer sabio e ignorante, inclusivo, liberador, evolutivo, divinizante.

Y cuando la marcha se hace lenta, se frena, se aborta, se hace rígida, pedregosa, cuesta arriba, se agrede, está hambrienta de alimento, de agua, de vino, de aire limpio y fresco, de abrazo de ternura e inclusividad, carente de techo, de trabajo, de tierra, de arte, de luz, de suavidad placentera, de espacios lúdicos y solidarios, democráticos y participativos, pacíficos y acogedores. Entonces, hay que dejar escapar el grito individual y colectivo y estar atentas para recogerlo, para escucharlo convocante, como de quien despierta para centrarse, para adentrarse, para articularse, para retomar el paso con ritmo resucitador,

silencioso, contemplativo, dialogante. Como artesanas que conducen y se dejan conducir. Como alfareras que moldean y se dejan modelar. Abrazando serenamente el paso constante y dinámico de la vida a la muerte, a la vida, a la muerte, a la vida, con su ingrediente de soledad acompañada y acompañada soledad.

Y digo acompañadas de nuestras ancestras y ancestros, de las-os grandes líderes paradigmáticos de las distintas experiencias religiosas, en nuestro caso por el morenazo de Nazaret, Jesús y su Espíritu liberador. Acompañadas también por nuestra complejidad personal, maravilla y vulnerabilidad, nuestra propia sombra, nuestro constante levantarnos, luego de abrazar molestas y avergonzadas nuestro barro. Abrazo que se acerca y aleja, que se goza y se rechaza sobretodo de las personas más cercanas, de quienes nos resultan amenazantes, desafiantes, estimulantes, imprescindibles, complementarias, liberadoras.

Lo dicho anteriormente vale para irlo aplicando dosificada, pedagógica, gradual y adultamente a cada uno de los diversos aspectos del Análisis de la Realidad-Derechos Humanos de todos los pueblos, de la Antropología Teológica, de la Lectura creyente de la Biblia, de la Cristología Crítica, de la Eclesiología del Pueblo de Dios, de la Ética, de una Evangelización-Pastoral inculturada-contextual, de la Teología de la Vida Religiosa, que incluya los temas de Espiritualidad, comunidad, votos, vida apostólica-co-creadora, de un adecuado y urgente adentrarse en la renovación Litúrgica y Diálogo Interreligioso, así como en el cuidado empeñoso, cariñoso, responsable y colectivo de La Casa Común.